

# EL DINERO Y OTRAS PROSAS

PEDRO SHIMOSE

## El dinero

**A**cosado por mis acreedores, sin trabajo, enloquecido por los anuncios de la tele y cansado de ser un pobre diablo, fui a ver al Diablo. Después de echar varias instancias y de elevar solicitudes inútiles, decidí valerme de las recomendaciones de Diablo Etcheverry y del director de La Diablada. Con muñeca, mucho aceite y algo de suerte, el diablo accedió a recibirme.

Cuando entré, contra todo pronóstico, no hacía calor. El aire acondicionado funcionaba increíblemente en aquel despacho acristalado, confortable y elegante. El diablo leía *Metal del diablo*, de Augusto Céspedes, con un ojo, y *Fausto*, de Goethe, con el otro. Pronto me di cuenta que manejaba una versión en latín: *Diabolus metallorum*, por Augustus Caespes, mixtus sanguinis.

- ¿De dónde viene usted?
- De donde el diablo perdió el poncho.
- ¡Ah, de Bolivia! ¿Y cómo están mis colegas de

Oruro?

- Bailando como diablos.
- Eso está bien -y añadió - ¿Y para qué soy malo?
- Verá, don Diablo, tengo un problemita.
- Vamos a solucionarlo, pero antes necesito saber qué piensa Ud. acerca del «diabolus excrementum». Del oro, ya sabe. Del denario. Del dinero...

- Según los teólogos, el oro lo caga Ud., dicho sea con respeto. En mi ensayo sobre el patrón oro...

- Soy muy diablo, ¿sabe?. Lo leí, pero quiero que Ud. me lo diga en mi cara peluda.

- El dinero no hace la felicidad, pero ayuda. Por eso estoy aquí.

- Usted es un diablillo. ¿No ha leído "The Wall Street Journal"? El problema es la falta de liquidez y las fluctuaciones de los tipos de cambio...

- No me hable como un vulgar economista. Hábleme en cristiano.

El diablo enrojeció de ira, dio un puñetazo en la mesa y gritó:

- ¡No mencione aquí a la competencia!

Me excusé, fui al excusado y volví excusado.

- Decíamos -prosiguió el diablo más tranquilo- que no hay circulante, no hay plata.

- ¿Y las cifras que manejan los estadistas, los informes de la ONU, las cuentas del Banco Mundial?

- Son las diabluras del Grupo de los Siete. Eso dicen los últimos informes de la Bolsa. El índice Dow Jones, el índice Nikkei, el índice... ¡Diablos! ¡No indican nada!

Como acordándose de algo importante pulsó el intercomunicador y llamó a su secretaria. Entró una imponente diablesa enfundada en una minifalda roja. Por más que busqué sus cuernos y su rabo, declaro que no los vi. En cambio, vi un par de piernas que estaban, ¡qué diablos!, como las de Sharon Stone en *Instinto básico*, cuya traducción más acertada sería Bajos instintos. Después de un breve cuchicheo, el diablo dio unas instrucciones y volvió a interesarse por mí.

- ¿Decíamos? - inquirió con diabólica cortesía.

- Estábamos en lo del préstamo.

- ¿Lo quiere en cheques, en pagarés, en acciones de empresas multinacionales, en valores de bolsa, en dinero plástico o en créditos CACA?

La secretaria volvió y nos sirvió dos mates de coca. De parte de su jefe me entregó dos libros encuadernados en cuero de chivo: *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara, y *El diablo mundo*, de Espronceda. Luego hablamos de los intereses a pagar, en dólares. Le expresé mi desacuerdo.

- Lo toma o lo deja. Es la ley de la oferta y la demanda. Conste que he sido generoso. No le he pedido, a cambio, su alma.

- Ya no me queda alma. La última pizca se la llevó el Fondo Monetario.

- Por ahí debimos empezar, ¡váyase al diablo!

## La higuera

Hay árboles únicos y raros como el drago (Islas Canarias), la secoya (California), el baobab (África tropical) y el ombú (Argentina). Otros, en cambio, se han expandido por todo el planeta, desde la India, Irán, Irak, Siria, Palestina, Egipto, Túnez, Argelia, Marruecos, Grecia, Italia, España, México, Centroamérica y la selva amazónica, en Sudamérica. Es el caso de la higuera, en sus especies más variadas.

Este árbol aparece en *El Corán* (Asura 95), en la Biblia (Génesis 3:7), en la biografía de Buda, en la tradición romana y en *Las Mil y Una Noches*.

Se cuenta que Gautama Buda, al cumplir treinta y cinco años, encontró la sabiduría al pie de una higuera. Impasible y sereno venció al Maligno en singular combate, entre aguaceros, vendavales y cenizas que caían del cielo y se esparcían a sus pies, convirtiéndose en flores e incienso. Al cesar la tormenta y al volver la luz, la higuera dejó caer una lluvia de flores rojas como el coral.

Hay voces que derivan de la higuera. Por ejemplo, sicología o sea la ciencia que estudia los higos. Otra, sicofante o sicofanta que quiere decir: impostor, calumniador, difamador. Proviene del griego *sykós*, higo; y *phantés*, denunciador, o sea, "el que denuncia al contrabandista de higos".

Otras expresiones - "me importa un higo" / "estar en la higuera" / "está hecho un higo" - proceden también de este árbol prodigioso. Hay especies como la Higuera del Diablo, de amargo recuerdo para los niños de antes. De ella se extrae el aceite de ricino, ¡puáh!, que nuestras madres nos hacían ingerir para purificarnos las tripas.

Se conocen más de setecientas cincuenta especies de higueras. Desde la higuera frutal (*Ficus cárica*), el sicómoro o higuera loca (*Ficus sycomorus*), el amate negro (*Ficus teculotensis*), el amate blanco (*Ficus bonplandiana*), el amate amarillo (*Ficus petiolaris*), el baniano (*Ficus indica*) que abunda en la India y que, en Bolivia, se llama bibosi, etcétera.

La corteza del amate o Higuera de México era utilizada por los aztecas para confeccionar papel y su jugo lechoso se usaba en medicina contra las inflamaciones. En el trópico boliviano, la corteza del bibosi servía para confeccionar tejidos con los cuales los aborígenes fabricaban vestidos y hamacas.

La higuera forma parte de la historia de Roma. La Higuera ruminal crecía en medio del Foro romano porque existía la creencia de que al pie de aquel árbol habían sido amamantados los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, por una loba. Según las malas lenguas, no se trataba de una bestia, sino de una mujer llamada La Loba por algunos atributos que a continuación describimos. Casada con un pastor algo distraído, La Loba era una fiera en los combates del amor. Los jóvenes de la comarca se la llevaban al río, creyendo que era mozueta pero tenía marido. La higuera de Roma fue sustituida varias veces. Sus frutos envenenados sirvieron para despachar al otro mundo a algunos césares, según cuentan Suetonio y Robert Graves. Los supersticiosos romanos se inquietaban cuando la veían marchitarse porque, según

ellos, era un aviso premonitorio de desgracias y calamidades.

Esta planta universal y mágica remonta el mito y gana las alturas del misterio. En la Biblia se lee que, después de comer el fruto prohibido del Paraíso (que no era una manzana), a nuestros padres Adán y Eva «se les abrieron a entrambos los ojos; y como echasen de ver que estaban desnudos, cosieron o acomodáronse unas hojas de higuera...». Ahí nacieron los moralistas y los censores. Conste que se habla de hojas de higuera y no de hojas de parra como el vulgo cree.

Más adelante, en el Nuevo Testamento, tres periodistas de la época (los célebres Evangelistas Mateo, Marcos y Lucas) escribieron la crónica de un hecho insólito: la maldición de la higuera por un Jesús inclemente.

Plinio y Teofrasto coinciden al mencionar una especie de higuera frondosa, pero estéril. Quizás fue esta especie la que sacó de sus casillas a Jesús.

Mateo y Marcos coinciden en la versión de la higuera maldita. Lucas, en cambio, da una versión menos mágica y más realista de aquel hecho.

Hay finalmente otra higuera, en Bolivia, pero ésta es otra historia.

## Números

Se dice "hacer números" cuando se quiere decir "racionalizar los gastos". Los números son más importantes de lo que la gente cree. Dependemos de ellos. Están relacionados con la música, la religión, la filosofía de Pitágoras y Russell, con las cuentas galanas y las cuentas del Gran Capitán, sobre todo si se trata del Presupuesto de la Nación.

Los números que nosotros conocemos -los guarismos que diría un H. Diputado Nacional- son los números arábigos, los cuales son relativamente nuevos. Apenas tienen mil años de vigencia.

Los números como signos (cuñas, rayas, guijarros, equipus o letras) aparecieron cuando nació la propiedad privada. Desde entonces, los números están vinculados a las privatizaciones y a las capitalizaciones que es lo mismo, sólo que, a veces, los números bailan, se balancean y los Balances no cuadran, los Bancos quiebran, los Estados se endeudan, las empresas entran en bancarrota y nadie va a la cárcel. Para las cuentas alegres no hay extradición. Más aún, si llevas tu empresa a la quiebra es posible que te nombren ministro de Economía.

Vinculados al comercio y los negocios, los números definen la Aritmética, las cuentas del hombre de a pie, de los Apuri y los Mamani, aquél que todavía

hace cuentas con los dedos de la mano y sabe que lo están mamando. Con esos números simples, el simple ciudadano suma promesas, resta beneficios, multiplica impuestos y ¿por qué no? divide para reinar, como en la política.

Los hindúes inventaron el cero que llamaron sunya. Fue el gran invento. El hombre siempre supo que tenía cinco dedos en cada mano. Así nació el sistema decimal de los romanos. Los mayas, en cambio, usaron la secuencia del 20, porque -más lógicos, pero menos prácticos- contaban los dedos de las manos y los pies. Su invención no fructificó y los mayas se hundieron en la ruina hasta la rebelión de Chiapas. El comandante Marcos ha vuelto a reivindicar el sistema de cuentas basado en los veinte dedos. De otro modo, las cuentas no cuentan en el diálogo Norte-Sur.

El cero es un invento mágico. Sólo la religión y la magia pudieron imaginar una cifra que es todo y es nada. El cero a la derecha es cualquier miembro del Grupo de los Siete reunido en Davos. El cero a la izquierda es cualquier presidente subdesarrollado que discursa en la ONU y nadie le da pelota. Sin ir a las Naciones Unidas, mi profesora me decía: «eres un cero a la izquierda» para decirme que era un inútil. Desde entonces, escribo versos.

El cero fue inicialmente un punto que luego sería un círculo, pero fueron los árabes -los iraquíes o babilonios de hace mil años- quienes dibujaron unos signos que son los que más se parecen a los que actualmente usamos: 1, 2, 3, 4 hasta 10. Sólo la secuencia de los diez primeros números, cero incluido, son significativos. Los demás son repeticiones de los anteriores.

Platón representa, en sus diálogos del Timeo, al demiurgo (Dios) construyendo el mundo según relaciones numéricas determinadas. Los pitagóricos creían que los números eran la esencia de la realidad, creían en el poder mágico de los números y sostenían que la Matemática es «un idioma escrito imaginado» y que los números son signos que se dividen en cardinales y ordinales, racionales e irracionales, algebraicos y trascendentes, reales y complejos como la vida misma.

El 1 representa a Dios, el principio de todo; el 2, la línea, la distancia entre dos puntos, lo divino y lo humano; el 3, el triángulo, la trinidad mágica, y el 4, la pirámide, el más simple de todos los objetos sólidos. Hay un grabado de Durero titulado *Melancolía* que reproduce una tabla mágica donde los números se lean como se lean, de arriba a abajo, de derecha a izquierda o en diagonal, suman siempre 34. Se empleó en el tratamiento de enfermedades por supo-

nérsele propiedades curativas. Para los pitagóricos, el número mágico era el 4 (el tetraktis), porque sumados los cuatro primeros, dan diez.  $1 + 2 + 3 + 4 = 10$ .

### *Del uno al trece*

Uno es letra de tango: “Uno busca lleno de esperanza...”

Dos son “dos almas que en el mundo había unido Dios”, el yin y el yang, los gemelos, la doble personalidad, el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, las águilas imperiales bicéfalas, el dúo Las Kantutas y el dúo Los Indios Latinos de un pasado musical que las nuevas generaciones de bolivianos han olvidado.

Tres son los Reyes Magos, las tres Parcas, las tres Furias (erínias o euménides), el trío Los Panchos, Los Tres Diamantes y Los Tres Caballeros, los tercetos dantescos de *La Divina Comedia*, la Santísima Trinidad, los poderes del Estado liberal moderno (Legislativo, Judicial y Ejecutivo), “la soledad de dos en compañía” del poeta *Campoamor* y las virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad).

Cuatro son el cuadrado, la pirámide, los jinetes del Apocalipsis, las cuatro estaciones que en Bolivia son tres: la estación lluviosa, la estación seca y la estación de ferrocarril que ahora es chilena. Cuatro son los elementos fundamentales de Heráclito (agua, tierra, aire y fuego), los puntos cardinales, la guitarrilla venezolana, los Tres Mosqueteros que son cuatro (Portos, Aramis, Atos y D'Artagnan), la prensa, ese Cuarto Poder que ha dejado de serlo, y los *Cuatro Cuartetos* del poeta T. S. Eliot.

Cinco son el Pentágono, la prueba olímpica del Pentathlon, los libros del Pentateuco, el conjunto argentino Los Cinco Latinos, los dedos del pie, los de la mano, un equipo de baloncesto, los Hermanos Marx que no eran tres, sino cinco (Groucho, Chico, Harpo, Zeppo y Gummo), la quinta rueda del carro, la quinta columna y el ponche, bebida compuesta por cinco ingredientes (del hindi panch que quiere decir cinco, derivado del sánscrito pancha, cinco).

Seis, el baile puertorriqueño y las cuerdas de la guitarra.

Siete eran las maravillas del mundo antiguo, los días de la semana, las notas musicales, los colores del arcoiris, los pecados capitales, las terrazas del Purgatorio, los pilares de la sabiduría, los sabios de Grecia, los brazos del candelabro hebreo, los velos de la danza de Salomé, los ángeles exterminadores del Apocalipsis, los siete copas de la ira de Dios, los enanitos del cuento de Blancanieves, las Bellas Artes, el Grupo de los Siete, los ensayos de José Carlos Mariátegui y el refresco *7-Up*. Josué -está en la

Biblia- utilizó la magia de los números para derribar las siete murallas de Jericó. Durante siete días marchó con su ejército alrededor de los muros de la ciudad, acompañado de siete sacerdotes. Al séptimo día tocaron las trompetas, que eran siete, y las murallas se derrumbaron.

Ocho es el símbolo del infinito y ocho son los tentáculos del pulpo. De aquél viene el dicho: "Es un pulpo" cuando un empresario avaricioso quiere controlar todos los mercados, en plan monopolio. O cuando un acosador sexual le mete mano a una pelada lindonga en plan discoteca.

Nueve son las musas, los nueve círculos del Infierno dantesco y los nueve cielos del Paraíso de *La Divina Comedia*. De uno de estos cielos proviene el dicho "Estar en el séptimo cielo" como queriendo decir que es la repanocha, la reoca y el no va más, algo parecido a un triple orgasmo o como cuando te enteras de que has ganado el gordo de la lotería.

Diez es una mujer que está buenísima, el Decathlon, Alfonso X el Sabio, los días del *Decamerón*, de Bocaccio, los diez indiecitos de Agatha Christie y el equipo de fútbol Boca Juniors cuando ha sido expulsado Maradona.

Once, el mismo equipo de Boca cuando a Maradona no le han mostrado la tarjeta roja.

Doce, los apóstoles, los meses del año, las horas del reloj y la docena de huevos.

Trece, los doce apóstoles más Jesucristo en la Última Cena. De aquí procede la superstición de que sentarse trece en una misma mesa es de mal agüero. Por eso, en "martes trece, no te cases ni te embarques". En los EE. UU. el día fatídico es el viernes 13. El tarot reserva la baraja número 13 a la muerte. En muchos hoteles norteamericanos, me aseguran, no existe el piso número 13. Sólo existe el 12 + 1. Eso es refinamiento. Lo demás son pamplinas.

## Colores

Siendo niño escuché decir que sólo los locos soñaban en colores. Y nada digamos si esos sueños iban acompañados de banda musical en estéreo. La gente normal sueña en blanco y negro, sin música, y por lo general no suele recordar sus sueños. Por eso, quizás, se solía decir: "Que te vaya de colores" como quien dice: "Que te vaya bonito". Germán Arciniegas llamó a América "el continente de los siete colores".

Si seguimos por este camino podríamos llegar a la conclusión de que nuestro mundo es simbolista, esa tendencia artística a condensar el tiempo y a desintegrar los colores como lo hicieron los pintores impresionistas: Renoir, Monet, etcétera.

Hasta la música popular registra este gusto por los colores: *Blue moon*, *Verde luna*, *El tractor amarillo*, *Cielo rojo*, *Yellow submarine*, *Camino verde* y el grupo Los Enanitos Verdes que no son enanitos ni son verdes.

Vamos a descartar el blanco y el negro, porque, como es sabido, no son colores. El blanco es la luz solar no descompuesta en el espectro cristalino del ojo humano. Y el negro es la ausencia de toda impresión luminosa. De ahí, "el agujero negro" de los astrofísicos.

No obstante, la gente suele creer que el blanco y el negro son colores. Hasta Rimbaud se equivocó cuando escribió su famoso soneto "Voyelles" (Vocales) que empieza: *A noir, E blanc...* Rimbaud no sabía nada de colores. Muchas cosas de esta vida se inspiran en el blanco y negro: la novela negra, la peste negra, las listas negras, el dinero negro, el blanqueo de dinero, el oro negro, el oro blanco y, matizando, *El rojo y el negro* de Stendhal o sea, el ejército y el clero.

A veces somos como los perros que todo lo ven en blanco y negro, como en las películas de antaño, porque los perros no perciben los colores. Eso explica por qué hay días en que todo lo veo gris, en blanco y negro. Cuando me levanto con el pie izquierdo y pienso en cómo está el mundo, ladro, meneo la cola y, si me dan una patada en el trasero, termino por aullar como un vulgar perro callejero. Lo confieso. Yo no llego a la categoría de hombre lobo.

Lo que cuenta en este artículo son los colores que inquietaron a Aristóteles, Leonardo da Vinci, Newton y Goethe. La luz solar reflejada en el espectro: violeta, añil, azul, verde, amarillo, naranja y rojo. Colores cálidos y fríos.

Según cuenta Rafael Ballivián en su libro *Entreactos*, un hombre se le acercó, siendo él Cónsul en Barcelona, y enseñándole una bandera boliviana le dijo tres palabras misteriosas: «ají, chicha y coca», señalando con su dedo el rojo, el amarillo y el verde de nuestra enseña tricolor.

El poeta peruano José María Eguren tituló uno de sus mejores poemas "Los reyes rojos". El poeta norteamericano William Carlos Williams escribió "La carretilla roja", uno de sus poemas emblemáticos. Recordemos, asimismo, *La letra escarlata*, de Hawthorne, y *La peste roja*, de Poe.

Sin embargo, no es en la literatura donde campea el color rojo como símbolo. Es en el deporte y en la política. "Los Diablos Rojos de Avellaneda" era el epíteto de los jugadores del Club Independiente, una auténtica máquina de hacer goles con la delantera letal de los Micheli, Ceconato, Lacasia, Grillo y Cruz. El color de la camiseta de la selección belga de fútbol.

En cuanto a la política déjenme recordar algunas expresiones de la Guerra Fría: “Hay que acabar con los rojos”, “Liquiden a los rojos” y “Ése es un rojo”. La última frase era la más temible, sobre todo si se referían a ti. Los más sofisticados y los más civilizados decían, suspicaces: “Fulano es un vermelho” con lo cual demostraban que sabían portugués, que estaban muy bien informados y que ellos, por deducción, no eran vermelhos. Hubo una época en que reconocer el color rojo era todo un oficio. Sólo la Cruz Roja se salvaba de toda sospecha.

El azul es un color menos polémico. Digo azul y pienso en Rubén Darío, en el poema “Las lámparas azules”, de Antonio Ávila Jiménez; “El hombre de la guitarra azul”, de Wallace Stevens; el cuadro *El jinete azul*, de Kandinsky, y el libro *Zonas de tiempo azul*, del boliviano Primo Castrillo, inspirado en la época azul de Picasso.

### **Rojo, amarillo y verde**

García Lorca eternizó la versión surrealista y andaluza de nuestro criollo “verde, verde, verbenita” cuando escribió “Verde que te quiero verde”, mientras Pablo Neruda cabalgaba en Madrid con su revista *Caballo verde para la poesía*. ¿Por qué verde? ¿Por qué no azul como el *Azul*, de Rubén Darío? Por el momento, nos quedamos con el verde de “Aquellos ojos verdes”, en ritmo de bolero.

“Era verde mi sangre. Yo era verde”, dice el boliviano Humberto Viscarra Monje, que no era un viejo verde, en su poema “Reminiscencia oscura”. Otro boliviano, el poeta Gregorio Reynolds, se pone verde cuando canta al ajénjo en el poema “Menta”: “abismo verde, vórtice verde, agua verde, hada verde, penumbra verde, noches verdes” donde “todas las cosas vistas y soñadas son verdes, verdes, verdes, verdes...”

Juan Ramón Jiménez, en cambio, se moría de gusto por el violeta y el amarillo. El violeta evoca el color de los ojos de la amada de Rimbaud: “el rayo violeta de sus ojos”, pero es el amarillo el que seduce al autor de *Platero y yo*: la luna amarilla, el silencio de oro, las mariposas amarillas, el cristal amarillo, el otoño amarillo...

Cuando hablaba de su ceguera parcial, Borges describía un mundo en sombras con el color amarillo al fondo, un amarillo tenue, delicado como esa rosa amarilla que cantaría después en homenaje a Giambattista Marino. En uno de sus trances líricos, el poeta español Antonio Machado “no sabía/ si era un limón amarillo/ lo que su mano tenía”. ¿Qué sería lo que ocultaba aquella muchacha del poema?

Después del rojo, el color más peligroso es el amarillo. Por algo se decía “el peligro amarillo”, “los monos amarillos”, “la infamia amarilla”. Yo lo sé como lo sabe Fujimori quien, para muchos, es “el peligro amarillo”. Yo no llego a tanto. Me quedo en “el chino de mierda”, epíteto con que me regalaron el año pasado unos racistas que no son rojos ni azules ni verdes, sino tontos de remate. En Bolivia, los únicos amarillos peligrosos son los enfermos de ictericia o “tiricia”, como se dice en mi pueblo, y los de hepatitis aguda que haylos y abundan, por desgracia.

También se usa el color amarillo para designar cierto tipo de periodismo cuya ética se funda en la seriedad y la responsabilidad. Este tipo de periodismo sensacionalista nació, en Nueva York, hace cien años. Los demás países lo importaron para demostrar que son tan macanudos como los EE. UU.

Se designó periodismo amarillo por el color del traje que lucía un escandaloso personaje de una tira cómica dibujada por Richard F. Outcauld para el diario *World*, de Nueva York. La historieta gustó tanto que el empresario William Randolph Hearst contrató a Outcauld para su *New York Journal*, periódico que, además, publicaba noticias de crímenes y sucesos escabrosos.

Recordémoslo. Hearst - el Citizen Kane, del film de Orson Welles - incitó, desde su periódico, a la opinión pública norteamericana a participar activamente en la Guerra de la Independencia de Cuba, tergiversando y distorsionando la realidad para favorecer, de esta manera, una mayor venta de su periódico. Es archiconocido el telegrama a su corresponsal gráfico en Cuba: «Usted suministra los dibujos y yo suministro la guerra», cuando éste le comunicó que su trabajo le desagradaba porque no podía inventarse una guerra que no existía.

Esto es periodismo amarillo. No es el único periodismo cromático. También existe el periodismo rosa o prensa del corazón. El color rosa es un color noble y sólo vive en la rosa y en las mejillas sonrosadas de las quinceañeras románticas y soñadoras. Me dicen que ya nadie sueña en el Tercer Mundo, asolado de guerras civiles y tiranías. Yo no termino de creerlo, por eso leo, de vez en cuando, los cuentos de los amores principescos y de las bodas fastuosas de las estrellas de cine que tanto tardan en casarse como en divorciarse.

En cuanto al color naranja sólo está en los zumos de fruta y en la camiseta de la selección holandesa de fútbol. Como ven, siempre termino hablando de fútbol.

### **El escritor chiflado**

En los EE UU. y en el Reino Unido, los artistas suelen ser un incordio y hasta un peligro público,

sobre todo si se les da por ser profesores de literatura en las universidades o si, como Dylan Thomas, se meten en casa y no se marchan si no es a escobazos. O si, como Edgar Allan Poe, te sablean y luego pierden la memoria.

En algo nos parecemos. Lo que no suele hacerse en países como el nuestro son estudios como el que acaba de publicar el médico británico, Dr. Félix Post, en el *British Journal of Psychiatry*, de Londres, sobre el estado mental de los cien mejores escritores de habla inglesa. De entrada, seleccionar a "los cien mejores" es ya una locura.

Sus conclusiones no han sorprendido a nadie: el 80% de los poetas, el 80,5% de los novelistas y el 87,5% de los dramaturgos sufren perturbaciones mentales. En otras palabras, tienen los cables pelados y les baila la azotea, cosa que el pueblo llano ya sabía. De ahí el refrán: "De músico, poeta y loco, / todos tenemos un poco".

Como era de suponer, el estudio del Dr. Correo Feliz ha levantado olas de protesta en el gremio de psicoanalistas, farmacéuticos, bares y ¿por qué no? en los almacenes de ferretería. La causa: el Sindicato de Escritores ha ordenado a sus afiliados dejar de recostarse en el diván del Dr. Freud; no consumir barbitúricos y somníferos; un período de abstinencia etílica y, por último, no comprar más tornillos de repuesto.

El Dr. Correo Feliz cita a Lord Byron: «Para ser poeta hay que estar loco». Esta afirmación es errónea. De ser así, todos los manicomios, clínicas de reposo, institutos de salud mental o como se llame el loquerío, estarían produciendo, ahora mismo, cantidades industriales de Miltons, Shakespeares, Poes, Whitmans, Eliots, Pounds y Byrons. Como se sabe, tal cosa no sucede. ¿Por qué? Porque los locos no están tan locos como para escribir versos. Los locos son más lúcidos. Prefieren ser Napoleón.

A propósito de seudonapoleones. Hace años visité la ciudad de Sucre, famosa por su manicomio. Me alojé en el Hotel Pacheco y allí me encontré con colegas que se creían Rubén Darío y aseguraban que Sucre es la capital de Bolivia. Pude ver, entre otras cosas, la torre Eiffel en miniatura y, confundido, pregunté a la gente si estábamos en París. Una buena mujer me despertó de mi sueño diciéndome, en quechua, que donde yo estaba era en un boliche especializado en sabrosos chorizos chuquisaqueños, lo cual me devolvió a la realidad.

Volviendo a nuestro tema, el Dr. Correo Feliz se pregunta: ¿Se escribe mejor cuando se está más loco? ¿O se está más loco cuando se escribe mejor?. Tales preguntas no son pertinentes en los países del Tercer

Mundo. Allí sólo interesa preguntarse: ¿Se escribe mejor cuando se está más hambriento? ¿O se está más hambriento cuando se escribe mejor? A la poetambre le importan un pito las cuestiones clínicas.

Sigamos con las estadísticas del Dr. Correo Feliz. El dramaturgo (54%) es más borracho que el poeta (31%). Gracias a esta revelación podemos afirmar, sin lugar a dudas, que la verdadera musa del escritor es la botella. ¿Cuán lejos estamos del ideal caballeresco!

El poeta es el que menos se divorcia. Seguramente, porque se casa menos. De todos, el poeta es el más suicida. Quizás para no tener que divorciarse.

Otro dato: los escritores son el doble de locos que los pintores, músicos y científicos. Será que los protegen más, los miman más y les dan de comer bastante menos. En cuanto fallan estas circunstancias los pintores empiezan a cortarse las orejas y a consolarse en los bares.

Conclusiones. El más cuerdo, George Orwell que, por normalito, murió tuberculoso. El más despendolado, Dylan Thomas. Con agudo desequilibrio emocional: Poe, Joyce, Hemingway, Tennessee Williams, Faulkner, Scott Fitzgerald, Ezra Pound, T.S. Eliot, Malcolm Lowry. Al borde, G.B.Shaw, Melville, Aldous Huxley, Dickens, Henry James, Conrad, Yeats, Whitman, etcétera.

Descubierta la pólvora, inventemos la dinamita. Propongamos que se realice otro estudio sobre el estado mental de los políticos.

### *¡Malditos críticos!*

A los críticos literarios los quiero y los defiendo, porque aunque hablen bien de mí, son necesarios. Pertenecen a ese círculo integrado por el Autor, el Editor, el Librero, el Crítico, el Lector, el Bibliógrafo, el Bibliotecario, el Profesor y el Historiador. Es cierto que en su persona se dan cita arbitrariedades como el gusto personal (la subjetividad), los intereses creados (políticos, sociales, culturales, religiosos, etc.) y esas curiosas reacciones químicas que llamamos simpatías y antipatías. Todo empieza con la elección de un libro y un autor. Toda elección-selección es, de entrada, un juicio, una valoración.

Me lo dice un autor: "Todo lo consiento, menos que no se me lea". El silencio es peor que el ataque o la diatriba. Lo censurable en el crítico es que hable de una obra sin haberla leído. Hasta puede perdonársele que no haya comprendido la obra o que su interpretación de lector sea parcial, política, tendenciosa o errónea, según el lugar y el momento. Después de todo, el crítico es una persona que acepta su respon-

sabilidad civil a partir del momento que estampa su firma en sus reseñas y comentarios. El tiempo le dará la razón, se la quitará o pondrá en evidencia su miopía o ceguera.

Hay críticos que, pasado un tiempo, quedan con el culo al aire. Tratándose de gente ilustrada, apenas comprobar que se han equivocado de medio a medio. Son famosos los traspiés de Menéndez Pelayo que, cegado por su moral católica, yerra al juzgar *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado, y la obra de Benito Pérez Galdós. Más famosos todavía los juicios equivocados de Lope de Vega juzgando a Cervantes. O los de Pío Baroja cuando despotrica contra Unamuno («Sus novelas me parecen medianas y sus obras filosóficas no creo que tengan solidez ni importancia»); cuando vapulea a Flaubert, llamándole «animal de pata pesada. Se ve que es normando. Todas sus obras tienen peso específico; a mí me fastidia», o cuando arremete contra Pérez Galdós, a quien le reprocha «no estar a la altura de un Dickens, de un Tolstoi o de un Dostoyevski». Yo me pregunto: ¿Y por qué habría de estarlo? A Pérez Galdós le bastaba estar a la altura de Pérez Galdós.

Y nada digamos de las metidas de pata de Juan Valera cuando dice: «Quevedo era un escritor de estilo revesado y de un gusto malditísimamente deplorable» y cuando rechaza y desprecia la poesía de Góngora. Éste también se las trae cuando opina sobre Lope: «Los versos de Lope de Vega en sacándolos del teatro son como buñuelos que enfriándose no vuelven a tomar la sazón de antes, aunque vuelvan a la sartén». Como puede verse, Góngora hace de repostero en plan exquisito.

El mismísimo Ortega se pierde cuando opina que Paul Valéry es un autor «de corto resuello... con un exiguo caudal de cosas que decir y, como toda mente pobre, obligado para ser a retorcerse». ¡Mente pobre! ¿Valéry, *Monsieur Teste*, publicado en la *Revista de Occidente*?

La crítica que más detesto es la que está guiada por la envidia, como ésta de Julio Casares al comentar *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Vicente Blasco Ibáñez: «...al amparo de su nombre ilustre se ha permitido escribir una novela con la pluma de firmar cheques». Para quienes no lo sepan o ya no lo recuerden, el escritor valenciano fue el escritor español más mimado de Hollywood. Su éxito de ventas, sus contratos millonarios y su popularidad universal le acarrearon estos sinsabores.

Como se ve, la crítica literaria forma parte importante del rito social. La opinión es, como señalara Heráclito, un juego de niños; pero un juego de niños

que importa mucho a los mayores. Lo más grave sobreviene cuando el crítico suplanta al autor para convertirse en personaje y héroe del espectáculo, como si un árbitro de fútbol expulsara de la cancha a los veintidós jugadores y se quedara él solito con su Yo corriendo y pitando como un loco desahogado.

Llegado a este punto hay que recordarle al crítico aquella famosa carta que escribiera Henry Miller, a propósito de Edmund Wilson: «...de cualquier modo, ¡malditos! sean los críticos! La mejor publicidad para un hombre que tenga algo que decir es el silencio».

No estoy de acuerdo, pero vale.

### ¡Pobre Shakespeare!

Hurgando en otras culturas nos encontramos con la sorprendente opinión de Zola: «Dentro de cien años, los libros de historia de la literatura francesa sólo mencionarán esta obra como una curiosidad». La obra en cuestión, *Las flores del mal*; su autor, un tal Charles Baudelaire.

No se crea que esto de la envidia, los celos, los prejuicios y la mezquindad son características exclusivamente nuestras. El crítico norteamericano Edmund Wilson dice tales barbaridades acerca de Pound y de Kafka que hace que dudemos de su sensibilidad y de su capacidad como guía de lectores bisoños. De Pound dice que su estilo es «remendado y desigual», sin comprender el collage surrealista y la técnica de la intertextualidad tan espléndidamente analizados por Adorno. Hasta habla del «fracaso de Pound como poeta» (Cerruto se indisponía cuando recordaba estos abusos de la crítica política). En cuanto a Kafka, lean esto: «Lo que nos dejó (Kafka) fue un jadeo a medio expresar de un alma insegura y atropellada. Lo que no comprendo es cómo puede ser posible tomarlo por un gran artista o un guía moral».

Tampoco dejan de ser lamentables los juicios de John Quincy Adams sobre Lord Byron, a quien juzga duramente y condena al olvido. También lo son los comentarios de Byron sobre Chaucer: «Me parece obsceno y despreciable». O los de Samuel Johnson sobre la novela del realismo inglés *Thomas*, de Henry Fielding: «Apenas conozco otra obra más corrupta». A veces, la crítica desciende al insulto. Miren, por ejemplo, lo que escribe Thomas Carlyle acerca de Emerson: «Un desdentado y canoso mandril». O lo que dice H.L. Mencken respecto a Henry James: «Un idiota y, además, un bostoniano idiota, no hay nada más bajo en el mundo».

En su *Diario*, Virginia Woolf desliza un comentario desconcertante sobre *Ulises*, de James Joyce: «...me parece un fracaso. El libro es difuso. Es salobre.

Pretencioso. Vulgar, no sólo en el sentido común, sino también en el literario”.

George Bernard Shaw también se las trae cuando juzga a Shakespeare, nada menos. A propósito de *Otelo*, dice: “Puro melodrama. No hay un solo toque en la caracterización de los personajes que podamos sentir en la piel”. Y este otro comentario de Voltaire, a propósito de *Hamlet*: “Es una obra bárbara y vulgar que no hubiese sido tolerada por el más salvaje populacho de Francia o Italia... Podría imaginarse que esta pieza es la obra de un salvaje borracho”.

Samuel Pepys, que asistió al estreno de *Romeo y Julieta*, escribió: “Lo peor que he oído en mi vida” y respecto al *Sueño de una noche de verano*: “La obra más insípida y ridícula que he visto en mi vida”. Lord Byron intenta bajar a Shakespeare de su pedestal y escribe: “No tenía imaginación para sus historias, ninguna en absoluto”.

Shaw vuelve a la carga: “No hay una sola frase pronunciada por el Julio César de Shakespeare que no sea, no diría digna de él, sino tan sólo digna de un jefe tammani (aborígenes americanos)”. ¡Pobre Shakespeare! ¡Y pobres tammanis!

Bertrand Russell venga a Shakespeare cuando juzga *Hombre y Superhombre*, de Shaw: “Me parece que Shaw, en conjunto, es más un calavera que un genio”.

Hasta aquí hemos repasado algunas críticas ejemplares. Recordaré cuatro más: una del crítico de *Le Figaro* (1857), al reseñar *Madame Bovary*. “Monsieur Flaubert no es escritor”; otra, del crítico del diario *The Odessa Courier* (1877) al comentar *Ana Karenina*, de Tolstoi: “Basura sentimental”.

La tercera es fabulosa (de fábula), pertenece a Robert Louis Stevenson: “Whitman, como un gran perro lanudo, recién desencadenado, recorre las playas del mundo ladrando a la luna” (1882).

Y la última, también fabulosa del anónimo crítico de *The London Critic*. “Whitman conoce tanto el arte como un cerdo las matemáticas” (1865).

Lo curioso es que, a pesar de los críticos, a todos los autores vilipendiados se los sigue leyendo. ¿Por qué será?

### **Seudónimos, seudónimos**

En una polémica aparentemente inútil leí un alegato contra los seudónimos: “¡Usted, que se escuda en el anonimato, es un cobarde!”. No es cierto. Quien usa el seudónimo no es cobarde ni se escuda en el anonimato. ¿Cómo van a ser cobardes María Félix, Dolores del Río, Rita Hayworth y Cantinflas?. María Félix se llamaba, en realidad, María de los Ángeles

Guareña; Dolores del Río nació siendo Dolores Asúnsolo Martínez; Rita Hayworth era Margarita Carmen Cansino, y Cantinflas, lo sabemos, se llamaba Mario Moreno.

No es nada malo cambiarse de nombre. Si no estás conforme con llamarte Neftalí Reyes Basoalto, vas al notario y declaras que quieres llamarte Pablo Neruda. O si te llamas Gustavo Adolfo Navarro te conviertes en Tristán Marof y no pasa nada. Salvo que te confundan con un espía ruso.

Todo lo contrario. Hay que ser corajudo para decir: “No quiero llamarme Lucila Godoy Alcayaga, sino Gabriela Mistral. Si me llamo Lucila Godoy Alcayaga no ganaré jamás el Premio Nobel”.

Esto del seudónimo es más importante de lo que parece. El escritor cubano Gastón Baquero dice haber estado “mucho tiempo negado a leer la poesía del mexicano Alí Chumacero”, porque ese nombre y ese apellido no invitaban a la lectura, eran “una barrera”.

Esto pasa a menudo. A mi amigo Remo di Natale le hubiera ido mejor por esos mundos de la política boliviana si se hubiese cambiado el nombre. Debió haber usado un seudónimo atractivo: Víctor Paz Estenssoro, por ejemplo. Algo parecido le pasó a Benjamín Miguel. Una vez le preguntaron: “¿En qué quedamos, Benjamín o Miguel?” El fracaso del falangista Unzaga de la Vega se debió a su nombre. Sonaba a poeta castellano del Siglo de Oro. En nuestro siglo de estaño y en un país mestizo llamarse Unzaga de la Vega era una ofensa. En cambio, Marcelo Quiroga Santa Cruz llevaba bien su nombre, pero hubiese sido mejor que firmase Simón Bolívar.

Los artistas del espectáculo, éstos sí, andan bien asesorados. Por ejemplo, si el cantante Sting se presentase con su verdadero nombre sería una catástrofe. Se llama Gordon Matthew Summer. No es lo mismo decir: “Y ahora con ustedes, el cantante Bob Dylan!” que estoto: “¡Y ahora con ustedes, el cantante Robert Zimmerman!”. Si no le hubiese hecho caso a su empresario, Lauren Bacall no habría llegado muy lejos con su nombre auténtico: Betty Jean Weinstein Perske.

Háganme caso. Algunos políticos y artistas deberían usar seudónimo. Hay ejemplos que aconsejan el uso del seudónimo. Por ejemplo, si te bautizaron con el nombre de Nabucodonosor y eres tartamudo, tienes derecho a demandar a tus padres por abuso de confianza. Y con más razón si te llamas Restituta, Serapio Rea o Cornelio Toro.

Quien usa del seudónimo no se escuda en el anonimato, porque su firma está ahí, al pie de los documentos. Llega un momento que Lev Davidóvich



Bronstein decide llamarse Trotski para felicidad de Guillermo Lora y sus seguidores; Vladimir Ilich Uliánof, Lenin, y Alfonso Prudencio Claire, Paulovich.

A veces, ni siquiera es necesario cambiarse el nombre. Basta con modificar una letra del apellido para ser lo que se quiere ser.

Daniel Defoe era, originariamente, Daniel Foe. Como le pareció feo llamarse Foe, se aumentó el De y pasó a la posteridad como Defoe, autor de *Robinson Crusoe*, *Moll Flanders* y *Diario del año de la peste*.

William Faulkner era William Falkner, sin u. Su bisabuelo era también escritor y firmaba Falkner,

pero el bisnieto quiso afrancesar su prosapia y cambió la grafía de su nombre, quedando en Faulkner. Algo parecido hizo Marlon Brando que, en realidad, se llama Marlon Brandeau.

El escritor Henry Miller, el de las lisuras y cachondeces de los *Trópicos*, nació como Henry Muller, pero quiso americanizar su apellido alemán y lo cambió por Miller. ¡Bien hecho! Por eso yo confirmo ante ustedes mi seudónimo y seguiré firmando Pedro Shimose. A ver quién me lo impide.

(Madrid, 1996)